

LAGUNA NEGRA

Magui abre el cierre de la carpa y deja que los rayos de sol lleguen a su piel. Asoma solamente la cabeza, cierra los ojos y disfruta el regalo de la naturaleza. Cuando considera que alcanzó la temperatura necesaria para comenzar el día, sale de su refugio de tela y caños. Mira las montañas y el lago, “hermoso día para subir a Laguna Negra”, dice mientras observa movimientos en la carpa de Federico, Daniel y Pedro. Se alegra de que aún haya varones que cumplen sus promesas: subirían juntos al refugio de montaña.

Como todas las mañanas siente unos instantes de amargura que llegan desde su corazón dañado. Vuelve a recordar que su novio la dejó antes de salir para Bariloche. Le había prometido que iban a pasar las mejores vacaciones de sus vidas, las programaron durante cinco meses. Ella se entusiasmó como se entusiasman las personas a los veinte años. Con su primer aguinaldo compró dos bolsas de dormir que podían unirse y formar una doble y las zapatillas de *trekking*. Él la dejó con la mochila armada y dos pasajes porque no sabía si el amor que sentía era suficiente para convivir un mes con ella.

Magui desayuna unas galletitas surtidas con mate cocido en el comedor del *camping*, la mañana está helada. Calienta sus manos envolviendo al jarro de metal. Cada vez que está sola siente los zarpazos de su corazón lastimado. Por suerte, antes de que los arañazos duelan, llegan los tres chicos que conoció ayer durante la cena, se sientan junto a ella y repasan lo que tienen que llevar en las mochilas. Los espera una larga caminata. Si todo sale bien, esa noche dormirán en el refugio.

La familia Linares Guerra se levanta temprano, “hermoso día para subir a Laguna Negra”, dice el padre mientras despierta con un beso a sus hijos. Una vez más febrero les ofrecía el clima ideal para la caminata. No es la primera vez que suben una montaña, pero este refugio es especial: en él se conocieron con su esposa. Los chicos saben que allí su papá y su mamá se dieron el primer beso, están entusiasmados con conocer el lugar donde comenzó “la historia familiar”, como dicen sus papás. La mamá prepara las mochilas. Llevan el almuerzo, botellas con agua, algunos chocolates que disfrutarán una vez cumplido el objetivo, un mazo de cartas y un botiquín con elementos básicos para atender algún raspón o dolor muscular. Desayunan algo rápido y suben al auto, tienen unos kilómetros hasta el comienzo del sendero.

Magui y sus tres acompañantes llegan al cartel que indica el inicio del camino hacia el refugio, se sacan la foto de rigor. Ella les pide que saquen una con su cámara, tiene miedo de no volver a verlos y no encontrarse nunca con la foto que Daniel acaba de tomar. Es el último refugio de Bariloche que le falta conocer a Magui, tiene una foto del inicio de todos los senderos y, obviamente, de cada refugio. No puede arriesgarse a no contar con las fotos de Laguna Negra. La joven propone empezar a caminar porque, según vio en el mapa, la picada es larga y presenta cierta dificultad en la parte final. Además observa que varios autos van estacionando en la ruta, cerca del inicio del sendero, ve bajar una familia. A ella le gusta

caminar sola o con poca gente. Sus tres compañeros no se oponen a la propuesta, es la primera vez que realizan este tipo de caminata y confían en el criterio de su acompañante.

La familia estaciona el auto cerca del inicio de la picada. La mamá les muestra a los chicos el cartel que indica el comienzo del camino, en ese momento hay unos jóvenes sacándose unas fotos. En pocos minutos son ellos los que se toman las primeras fotografías del día: una *selfie* familiar y una foto de la pareja solos. Los chicos empiezan a caminar, recorren sin dificultades el sendero empinado que atraviesa un frondoso bosque. Las copas de los árboles impiden que se filtre la luz del sol. Cientos de coihues custodian y protegen con su sombra la marcha de los caminantes.

Daniel se detiene junto a un coihue, apoya su mano en el enorme tronco, inclina su cuerpo agitado. Con la otra mano les hace un gesto a sus compañeros, “no doy más”, se lo escucha susurrar. “No puede ser, recién empezamos”, dice Pedro. “Seguramente cuando agarres ritmo vas a sentirte mejor”, afirma Fede y agrega: “yo también estoy cansado”. Magui los mira asombrada, no puede creer que a pocos minutos de empezar el recorrido ya estén parados. A ella le gusta frenar poco, lo mínimo e indispensable. Intenta darle ánimo a su compañero: “Un poco más Daniel, supuestamente este camino empinado tiene un kilómetro, después el terreno sería más plano”. Daniel retoma la marcha resignado, no confía en las palabras de la chica. Siente que no puede dar un paso más pero también le da vergüenza darse por vencido delante de una mujer y de sus amigos a tan poco tiempo de empezar.

El camino reduce su amplitud, se hace estrecho. Daniel comprueba que la pendiente ya no es tan empinada. Pide frenar y sugiere que coman algo. Pedro, al ver la cara de fastidio de Magui, propone que ella y Fede sigan caminando. “Nosotros con Dani picamos algo y descansamos, ustedes sigan, los alcanzamos en un rato”, sugiere. La joven aguarda expectante la respuesta de Federico, quien también se muestra cansado pero no derrotado. Piensa que quizás la propuesta es buena, espera que Fede resulte un buen acompañante y no sea tan quejoso como su amigo. Además le parece muy ocurrente y divertido, cree que es con el que mejor podría llevarse de los tres. Finalmente la joven recarga su cantimplora con agua del arroyo y la engancha en su mochila, Federico llena el termo que cuelga de su espalda y retoman la marcha. La mochila con las tres bolsas de dormir la carga Pedro y queda con él.

La familia Linares Guerra abandona el bosque de coihues y se interna en el sendero más angosto. Ya pasaron la primera subida empinada. Recuperan aire sentados en un tronco junto al arroyo Goye mientras toman agua. El hijo mayor se encarga de recargar las botellitas una vez que todos saciaron su sed. Continúan caminando, siguen el orden impuesto por la naturaleza: adelante los dos hijos que avanzan a paso rápido, detrás la pareja que en cada subida se aleja unos metros más de los chicos. Nahuel y Luan saben que si escuchan el silbido del padre, deben detenerse y esperar. Usaron este código en otros ascensos. Los chicos se cruzan con dos jóvenes que descansan cerca del arroyo, los saludan y siguen subiendo. Un señor mayor sorprende a la pareja mientras atraviesa el bosque cubierto de amancay. Las flores alfombran ambos lados del camino. Los saluda, pide permiso y los sobrepasa trotando.

Magui y Fede terminan de cruzar el bosque de amancay, entre los cipreses y ñires se observan unos lupines. Las varas violetas resaltan en el manto naranja. Los jóvenes quedan maravillados ante tanta belleza. Ella saca su cámara y toma una fotografía, luego Federico ofrece sacarle otra. Magdalena le pide que se vean las flores y el cerro Negro que asoma en el fondo. Le entrega la cámara, rozan sus manos, ambos sienten una corriente eléctrica que los recorre y los pone incómodos: “perdón”, dicen al mismo tiempo y sonríen ante la coincidencia. Retoman la marcha. Él está cansado pero no se anima a pedirle a su compañera que frenen, decide esforzarse un poco más. Le resulta admirable el ritmo que lleva la joven. Evidentemente él no tiene el mejor calzado, usa unas alpargatas. Jamás pensó que subiría una montaña cuando planearon en la mesa de aquel bar, entre cervezas y pizzas, las vacaciones del verano. Se habían propuesto: comer bien -porque Daniel estudiaba para ser chef-, dormir mucho, disfrutar de los lagos y conocer gente con buena onda. Pero algo había hecho trastocar los planes originales y Fede se encontraba intentando seguir el ritmo de una desconocida que con sus botitas de *trekking*, pantalones desmontables, una mochila gigante y una vincha verde que tenía la difícil misión de mantener el alborotado cabello castaño lejos de la frente y los ojos, lo conducía a no sabía bien qué paraíso.

Nahuel y Luan esperan a sus papás en la entrada al caracol. A partir de ese momento comienza la pendiente más complicada. Los chicos se entretienen sacando fotos con sus celulares, pueden observar el sendero zigzagueante que asciende como una serpentina entre manchones verdes y grises, parece no terminar nunca. Junto a sus padres llegan a la cascada, se detienen para tomar agua y recargar las botellas. Cruzan el arroyo. El paisaje se muestra más hostil, al igual que el terreno que impone un esfuerzo físico mayor. Los bosques desaparecieron, entre las lengas achaparradas y las rocas hay que buscar las marcas del sendero. Son círculos hechos con pintura roja. Los chicos van adelante, saben que al llegar a una marca deben ver la otra para avanzar. Sus padres frenan en cada vuelta del caracol, les cuesta levantar las piernas y el corazón amenaza con salir por sus orejas. Pueden ver el cerro Negro, un cóndor sobrevuela la punta más alta.

Federico avanza lentamente por el caracol, cada vez da pasos más cortos. No sabe cuánto tiempo pasó desde que cruzaron el Goye, pero le parece mucho, demasiado para su cuerpo agotado. En esos momentos se reprocha haber aceptado realizar esta travesía, “soy oficinista, ¿quién me manda a hacer esto?”, piensa mientras intenta ser lo menos transparente posible. Pero no lo logra. Magui lo mira desde algunos metros más arriba, intenta animarlo: “dale Fede, unos metros más y frenás, llegá hasta esta piedra”. El joven está enojado, enojado con él mismo, con su estado físico y con sus alpargatas, pero quiere llegar hasta ella y al refugio. Se siente atraído por esta chica, las horas de caminata le permitieron conocerla un poco. Rápidamente se dio cuenta de que es diferente a las mujeres que conoce. Es autónoma, decidida, fuerte, inteligente y linda. Porque debe reconocerlo, Magui le parece linda. ¡Hasta esa vincha ridícula le queda bien! Con mucho esfuerzo llega a la roca donde espera su compañera. Arranca una florcita silvestre y se la regala. Ella la recibe sorprendida, no le gusta que arranque las flores, pero no lo dice. Tampoco le gustan las flores como regalo, pero Federico no la conoce mucho. Acepta el obsequio y lo guarda en el estuche de su cámara de

fotos. La cercanía y el gesto romántico, la ponen nerviosa. “Gracias, ¿subimos unos metros más? Dale, Fede, falta poco”, dice mientras se aleja. El joven no se anima a proponer que esperen a Daniel y Pedro porque ya lo hizo en otras oportunidades y luego de esperar quince minutos -que para él fueron poco pero para Magui una eternidad- habían retomado la marcha. No sabe si la ofendió con el regalo, si se tiró a una pileta sin agua o si la chica se puso nerviosa y quiso huir de la situación. Le cuesta decodificarla, se muestra tan todopoderosa, “¿Qué le gustará a una mujer como Magui? ¿Habré metido la pata con la flor?”. Elige responder con humor, se dio cuenta de que a ella le gustan sus bromas: “ahí voy, ¡lindo paquete te encajaron para subir!”. Ella se ríe, no se anima a decirle que es un hermoso paquete. “Paquete paquete es Daniel”, piensa la joven y agradece haber salido beneficiada en la repartija de paquetazos. Ella se detiene, señala al cielo. “Mirá Fede, un cóndor, está bastante cerca, es alucinante”. Él, que venía con la mirada fija en sus alpargatas y las piedras, levanta la vista y se choca con ella, sin pensarlo la abraza por atrás, ella se deja envolver. Ninguno piensa, los dos sienten y disfrutan ese momento mágico que les regala la naturaleza y la cercanía del cuerpo del otro. Cuando pierden de vista al ave, Magui se suelta del abrazo y le propone seguir.

El matrimonio Linares Guerra vuelve a cruzarse con el señor mayor que horas antes los había sobrepasado. El señor está bajando, lo hace trotando por el caracol. “Hoy le puse una hora con cuarenta minutos”, les dice orgulloso y agrega: “¿es la primera vez que suben? Les falta poco”. La pareja responde que subieron hace muchos años y que vuelven con sus hijos para que conozcan el lugar donde comenzó su historia de amor. “Hermosa historia, para escribirla”, responde el hombre y se aleja trotando. “Mamá, papá, ya vemos el refugio, vengan, apúrense”, gritan los chicos desde más arriba. “¡Falta poco, lo recordaba más largo a este maldito caracol!”, dice la mujer. Su marido sonríe.

Magui se para sobre una piedra y grita feliz: “veo el refugio Fede, te lo juro, tenés que llegar hasta acá”. El joven intentando no perder su dignidad -las últimas hilachas de dignidad que le quedan para no caer abatido y rendido- levanta la vista y la ve sonreír. Eso le basta para detener a su mente contrariada. Llega hasta Magui, la abraza, pero esta vez de frente, la envuelve con sus brazos, casi desplomándose sobre el pequeño cuerpo de su acompañante. Ella se queda quieta, no sabe cómo reaccionar. No sabe qué orden darles a sus brazos, pero siente que le gusta la cercanía de ese chico, la disfruta unos instantes hasta que la racionalidad llega a rescatarla: “¿viste Fede? ¡Llegaste, llegamos! ¿No es hermoso?” Él la suelta y mira el pequeño refugio rosa enclavado a metros de una laguna azul, con vetas turquesas, rodeada de nieve, abajo del cerro Negro. El paisaje lo conmueve. “Sí, es hermoso, no doy más pero es hermoso, valió la pena”. Magui propone llegar hasta el refugio, ahí pueden descansar definitivamente. Él acepta, ya no hay subida, simplemente un sendero que atraviesa la lenga achaparrada y termina en la construcción rosada. Entran al refugio de montaña, los reciben el acogedor calor de la leña ardiendo en la cocina de hierro y las ácidas palabras del refugiero: “¿vos con un termo y ella con una mochila enorme?”.

Federico furioso y agotado se deja caer en un banco junto a una mesa. Magui, responde con una sonrisa de compromiso, cuelga su mochila en un gancho en la pared y se sienta junto a su compañero. Fede apoya la cabeza sobre sus manos cruzadas sobre la mesa, ella le hace palmaditas en el brazo y lo felicita por el logro y el esfuerzo. Recuperan el

aliento. La alegría le va ganando terreno al cansancio. Toman agua fresca y comen alfajores artesanales que Fede compra para los dos. Saludan a la gente que va llegando al refugio mientras esperan a Daniel y a Pedro. Fede se sorprende con la llegada de gente más grande con sus hijos, piensa que él nunca más va a volver a Laguna Negra. Los amigos de Federico llegan media hora más tarde, los pies de Daniel están llenos de ampollas. Está agotado, respira con dificultad. Se tira en uno de los bancos de madera y se duerme. Magui propone ir a poner las bolsas de dormir en las camas, “para reservar los lugares”, aclara. Ella les explica que la manera de guardar el lugar es dejando la bolsa de dormir extendida sobre los colchones. Fede sube con Magui al dormitorio del refugio, hay un montón de camas cucheta, una pegada a la otra. Ella tira su bolsa de dormir en un colchón de los de arriba, cerca de la ventana, ruega que él ponga la suya al lado. Rápidamente Federico cumple su deseo y extiende la suya junto a la de ella, esa noche van a dormir juntos. Bajan al salón principal, Magui pide el libro de firmas del refugio para escribir un mensaje.

Luan les saca una foto a sus padres, el refugio se ve al fondo, en primer plano ellos se dan un beso. El cielo está totalmente despejado, Nahuel queda fascinado con el azul profundo del agua. Se detiene a sacar muchas fotos. La familia Linares Guerra ingresa al refugio, eligen una mesa libre junto a una ventana desde la cual se pueden apreciar la laguna y el filo de la montaña. La pava gigante con agua hierve sobre la cocina de hierro. Piden agua para llenar el termo, van a tomar unos mates luego de almorzar. Nahuel comienza a comer su tercer sándwich, su mamá busca los libros del refugio. Quiere leer lo que escribió años atrás y dejar un nuevo mensaje.

Lee:

5/02/2003

“Hoy llegué con dos paquetes al refugio. Me salvó mi compa de truco, Pedro. Todo muy lindo, espero que la bajada sea menos trágica”.

Magui

18/01/2006

“Acá estamos otra vez con Fede (paquete) en el refugio, pero esta vez es mi futuro esposo. No sé si volveremos. Por lo menos, no desde el refugio López”.

Magui G.

Y escribe:

10/02/2022

“Por tercera vez en este hermoso refugio. Con Fede, mi compañero, con el cual comenzamos a compartir nuestras vidas en este lugar, hace 19 años. Con la alegría de volver con nuestros dos amores: Nahuel (15 años) y Luan (12 años).

¡Vamos a volver!”

Magdalena Guerra